

do y otros alimentos; el grupo de Kodiaco con el pueblecillo de San Pablo, primera capital de la América rusa; el archipiélago Koluchino, habitado por los koluchas, nacion feroz, belicosa y hábil en tallar y esculpir la piedra. Este archipiélago comprende el grupo del rey Gregorio III, cuya isla principal es Silka, primer establecimiento ruso, destruido en 1808 por los indígenas y reemplazado por el fuerte de la Nueva Arkangel, capital de toda la Rusia americana y residencia del gobierno.

Es preciso añadir aun á esta parte insular la isla del Almirantazgo que ofrece una vegetacion notable para esta latitud, y otras muchas islas menos importantes.

La parte continental presenta en el pais de los koluchas á Yakoutal, la principal factoría rusa del continente, en el pais de los kitegas al Norte, el cabo Nevado, término de los descubrimientos septentrionales del capitán Cook, y la punta Barrow, limite septentrional del continente americano.

### NUEVA BRETAÑA.

Nueva Bretaña tiene por límites al Norte el Océano Ártico, al Este el mar de Baffin, el estrecho de Davis y el Océano Atlántico; al Sur los Estados Unidos; al Oeste el Gran Océano y la Rusia americana.

Cuatro regiones distintas forman la Nueva Bretaña; la region del Norte comprendiendo las islas del mar de Bering, en cuyo número se encuentra la Georgia Septentrional; la region del Este, otros grupos de islas, entre las cuales se distinguen las de la Reina Carlota y la isla Noutka, la Nueva Caledonia y el Nuevo Hannover; la region del Centro comprendiendo la Nueva Gales; y la region del Oeste que abraza el Labrador, las islas de Terranova y Anticosti, la Nueva Escocia ó Acadia, la isla Real del cabo Breton, la Nueva-Brunswick, la isla San Juan y el bajo y alto Canadá.

Henos aquí, pues, en los paises habitados en otro tiempo por tribus salvages, que habian adquirido cierta celebridad así por su valor como por sus costumbres primitivas. Las armas de los europeos, y mas aun la actividad incesante de su industria, han dado un golpe de muerte á estas tribus.

De todos los sitios, en los cuales se dejan ver los hombres civilizados, desaparecen los salvages, porque para estos últimos la civilizacion, lejos de presentar atractivos, es un yugo insoportable que les inspira horror. Sin embargo, es preciso que se vayan resigando.

En el Labrador estaban los pequeños esquimales. El Canadá está aun lleno del rumor de las hazañas de los iroquas, algonquines, hurones y mohawacos.

Para hacer revivir estas tribus estinguidas y conservar, por decirlo así, su recuerdo, daremos á conocer algunos rasgos de la pintura hecha por un gran escritor.

Los hurones y los iroquas presentaban en el estado de la naturaleza la forma del gobierno republicano. Tenian ademas una constitucion de la nacion propiamente dicha, un pacto federativo. El gobierno de los hurones difería un poco del de los iroquas. Sobre el consejo de las tribus se alzaba un gefe hereditario, cuya sucesion continuaba por las mugeres, si la línea masculina llegaba á faltar: la mas noble matrona de la tribu era quien buscaba un gefe nuevo. Entre las

tribus del Norte de América las mugeres tenian participacion en los negocios del Estado, y se empleaban en las tristes y penosas tareas confiadas al hombre en casi todas partes. Esclavas y bestias de carga en el campo y en la caza, se hacian libres y reinas en las asambleas de la familia y en los consejos de la nacion. Preciso es remontarse á los galos para hallar algo de semejante entre la condicion de las mugeres de estos pueblos.

Los iroquas ó las cinco naciones, segun la division de los ingleses, llamadas en la lengua algonquina las *aganonsioni*, eran una colonia de hurones, de los cuales se separaron en una época ignorada, abandonando las orillas del lago Huron para fijarse en la ribera meridional del rio Hochelaga (San Lorenzo) no lejos del lago Champlain. Despues subieron hasta el lago Ontario y ocuparon el pais situado entre el lago Erié y las fuentes del rio de Albany.

Los iroquas ofrecen un gran ejemplo del cambio que la opresion y la independencian pueden operar en el carácter de los hombres. Despues de haberse sacudido de los hurones, se entregaron al cultivo de las tierras y se hicieron una nacion agricola y pacífica, de donde tomaron el nombre de *aganonsioni*.

Sus vecinos los adirondacos, á quienes hemos llamado nosotros algonquines, pueblo guerrero y cazador que estendió su dominacion sobre un pais inmenso, despreciaron á los hurones emigrados, á los cuales compraban sus cosechas. Sucedió que los algonquines invitaron á algunos jóvenes iroquas para una cacería, y estos se distinguieron de tal manera, que celosos los algonquines, los mataron.

Los iroquas corrieron á las armas por la vez primera, y batidos al principio, resolvieron perecer hasta el último ó conquistar su libertad. Un genio guerrero, de que ellos ni aun se habian apercebido, se les desarrolló de improviso, y desafiaron á su vez á los algonquines, que se aliaron con los hurones, de los cuales descendian los iroquas. En el momento mas animado de esta contienda fué cuando el navegante francés Jacobo Cartier y luego Champlain, fundador de Quebec, llegaron al Canadá. Los algonquines se unieron á los estrangeros, y los iroquas tuvieron que luchar contra los franceses, los algonquines y los hurones. Entre los pueblos civilizados no hay ejemplo de una guerra tan larga y tan temible como la que hicieron los iroquas á los algonquines y hurones, la cual duró mas de tres siglos. Los algonquines fueron esterminados, y los hurones reducidos á una tribu refugiada bajo la proteccion del cañon de Quebec. La colonia francesa del Canadá, en el momento de sucumbir ella misma á los ataques de los iroquas, no se salvó sino por un cálculo de la política de aquellos extraordinarios salvages.

«Es probable, añade Chateaubriand, que los indios del Norte de América fueron gobernados primeramente por reyes, como los habitantes de Atenas y de Roma, y que estas monarquías se cambiaron despues en republicas aristocráticas; se encontraron en las principales poblaciones huronas é iroquas familias nobles generalmente en número de tres. Estas familias eran el tronco de las tres tribus principales, una de ellas gozaba una especie de preeminencia; los miembros de esta primera tribu se trataban como hermanos y los miembros de las otras dos como primos.

»Estas tres tribus llevaban el nombre de tribus huronas; la de la Cabra, la del Lobo y la de la Tortuga.



La última se dividía en dos ramas, la grande y la pequeña Tortuga.

» Los iroquas fueron tan famosos por su política como por sus armas. Colocados entre los ingleses y los franceses, conocieron bien pronto la rivalidad de estos dos pueblos, comprendieron que serian solicitados por uno y por otro, é hicieron alianza con los ingleses para hacer la guerra á los franceses, que se habian unido á los algonquines y los hurones. Sin embargo, no querian el triunfo completo de los dos partidos extranjeros, por lo cual los iroquas estaban prontos á dispersar la colonia francesa del Canadá, cuando una orden del consejo de los ancianos detuvo su ejército y le obligó á retroceder, y por lo mismo tambien, viéndose los franceses próximos á conquistar la Nueva-Jersey y lanzar de ella á los ingleses, los iroquas hicieron marchar sus cinco naciones al socorro de los ingleses, y los salvaron.

» El iroqua no conserva del huron mas que la lengua; el huron, alegre, ingenioso, de un valor brillante y temerario, y de un continente elegante, tenia trazas de haber nacido para aliarse á los franceses.

» El iroqua era por el contrario de pecho ancho, piernas musculares, brazos nerviosos. Sus ojos brillaban con el fuego de la independencia, todo su aspecto era el de los héroes, y se veian relucir en su frente las altas combinaciones del pensamiento y los sentimientos elevados del alma. Este pueblo intrépido no se espantó de las armas de fuego, cuando por primera vez se asestaban contra él; mantúvose firme al silbido de las balas y al estruendo del cañon, como si estuviese familiarizado con ambas cosas; lo escuchó como si hubiera sido una tempestad, y tan luego como logró apoderarse de un mosquete, empezó á manejarlo mejor que un europeo. No abandonó, sin embargo, por eso la maza, el cuchillo y la flecha, sino que á estas armas añadió la carabina, la pistola, el puñal y el hacha. Armado doblemente con los instrumentos mortíferos de Europa y de América, con su cabeza ornada de penachos, su rostro pintado de negro y sus brazos teñidos de sangre, el noble campeón del Nuevo Mundo se hizo tan formidable á la vista como en el combate sobre la ribera que defendió palmo á palmo contra el extranjero.

» En la educacion era donde los iroquas hacian esbrillar la fuente de su virtud. Un jóven no se sentaba nunca delante de un viejo; el respeto por la edad era semejante al que Licurgo habia hecho nacer en Lacedemonia. Ayunos larguissimos, dispuestos por la política en nombre de la religion, cacerias peligrosas, ejercicio continuo de armas y juegos viriles habian dado de antemano al carácter del iroqua algo de invencible. Los niños se enlazaban frecuentemente por los brazos, y poniéndose un carbon ardiendo sobre ellos, porfiaban hasta ver quién resistiria mas tiempo el dolor. Si una muchacha cometia cualquier falta y su madre la arrojaba agua al rostro, esta sola reprimenda inducia muchas veces á aquella á estrangularse.

» El iroqua despreciaba el dolor como la vida; un hombre de cien años afrontaba las llamas de la hoguera. Esta magnanimidad de la vejez no tenia otro fin que dar ejemplo á los jóvenes guerreros, enseñándolos á ser dignos de sus padres.

» Todo respiraba grandeza en este pueblo; su lengua casi toda aspirada, admiraba el oido. Cuando hablaba un iroqua, se hubiese creído oír á un hombre,

que espresándose sin esfuerzo, pasaba sucesivamente de las entonaciones mas bajas á las mas altas.

» Tal era el iroqua antes que la civilizacion europea hubiera llegado hasta él.»

He aqui lo que existia en la época del poderio de estas grandes tribus errantes del Nuevo Mundo. En estas apreciaciones se puede palpar el conjunto de la fisonomía de los algonquines, de los hurones, y sobre todo de los iroquas. Al presente han desaparecido aquella originalidad de hábitos y aquella pureza de costumbres. La gloria de los héroes de los bosques ha pasado, y actualmente habria poco que decir de ellos.

En la época de la fundacion de Quebec, en 1608, los algonquines, los iroquas y los hurones con sus tribus aliadas ó sujetas, podian poner sobre las armas 50,000 hombres, lo cual supone entre los salvages una poblacion numerosa. Al decir de La Hontan, viagero que al fin del siglo XVII publicó una relacion de su viage á la América Septentrional, cada una de las cinco grandes poblaciones iroquas encerraba 14,000 habitantes. Hoy dia, segun Chateaubriand, escritor de un siglo despues del anterior, no se encuentran en el Bajo Canadá mas que seis aldeillas de salvages, convertidas al cristianismo; los hurones de Coréta, los abenaquies de San Francisco, los algonquines, los nipissings y los iroquas del lago de las Montañas, débiles restos de muchas razas que no existen, recogidos por la religion para ofrecer la doble prueba de lo que ella conserva, y de lo que los hombres destruyen.

Hoy dia el resto de las cinco naciones iroquas está enclavado en las posesiones inglesas y americanas, y segun el ilustre autor de los *Natches*, el número de salvages de esta familia poderosa un tiempo, contaba, cuando él escribia, de 2,500 á 3,000 almas cuando mas. Tan espantosa degeneracion ha debido acabar ya con los últimos restos de estas naciones del desierto.

Antes de abandonar este asunto, saludemos al paso la tumba de los belicosos onakaes que habitaban la isla de Noutka y de otras tribus que ocupaban la region del Centro, de los abenaquies, poseedores de la Acadia en la region del Este, y de los mohawakaes, que se contaban entre las tribus aliadas ó sujetas á los hurones ó los iroquas.

Habiendo ya dicho lo suficiente acerca del pasado de este pais, ocupémonos algo de su presente. Las regiones del Norte, de Oeste y del Centro no ofrecen al viagero sino establecimientos de escasa importancia. En esta última se encuentran muchos fuertes que defienden el pais, y un puesto de cazadores, porque abunda aquel en animales de pieles. En el Labrador se hallan establecidos los morayos, como creemos haber dicho ya, y tambien la factoría de la antigua compañía de la bahía de Hudson. En seguida nos encontramos en la isla de Terranova, tan famosa por su pesca y por sus perros, que se distinguen sobre todos en fuerza y en destreza para salvar los naufragos. Tambien se ven á San Pedro y Miguelon, dos pequeñas islas que la Francia conservó, abandonando en 1763 la Terranova á Inglaterra.

En las costas de esta última es donde se eleva desde el fondo del mar el célebre banco de Terranova, que suministra bacalao á toda Europa. Tiene 110 kilómetros de anchura sobre 355 de longitud.

Deslizáremos por Nueva Escocia ó Acadia, península al Sur del golfo de San Lorenzo, que no se hiela nunca á pesar del rigoroso frio del invierno, y hagamos mencion de Halifax, residencia del goberna-



dor y uno de los puertos mas bonitos de América. Los franceses fundaron en 1604 muchos establecimientos en Acadia, entre otros Puerto-Real, llamado hoy Anápolis.

Pero al tocar el Canadá, detengámonos un instan-

«Nada mas apostólico, dice un historiador, que la vida que los misioneros hacian entre los hurones. Todos sus momentos eran contados por una accion heróica, por conversiones ó por sufrimientos, que miraban como verdaderas compensaciones, cuando sus trabajos



Catarata del Niágara.

e. ¿No debemos por ventura un tributo de admiración y reconocimiento á los misioneros que llevaron la luz del Evangelio á los salvages del Canadá, donde la intrepidez de estos apóstoles de Jesucristo apareció en todo su esplendor, coronándose repetidas veces con la aureola del martirio?

no habian obtenido todo el fruto que se prometian. Desde las cuatro de la mañana en que se levantaban, cuando no estaban en marcha, hasta las ocho, permanecian encerrados, y este era el tiempo de la oracion y el único de que hubieran podido disponer libremente para entregarse á los ejercicios de piedad



A las ocho acudía cada cual á donde su deber le llamaba; unos visitaban á los enfermos, otros seguían en el campo á los que trabajaban en el cultivo de la tierra, y otros se trasportaban á los pueblos vecinos que carecían de pastores. Estas tareas producían muy buenos efectos, porque en primer lugar, apenas moría un niño sin haber recibido el bautismo, y aun los adultos mismos que lo habían rehusado estando buenos, lo acogían en su hora postrera; les era imposible escapar de la industriosa y constante caridad de sus médicos.»

Citémos también el testimonio de Beltrami, viajero poco amigo de los jesuitas de nuestros días.

«Para rendir homenaje á la verdad, dice, los misioneros se han distinguido en todas partes por una vida ejemplar y conveniente á su estado. Su buena fé religiosa, su caridad apostólica, su insinuante dulzura, su paciencia heroica y su falta de fanatismo y rigor fijan en estos países épocas edificantes en los fastos del cristianismo, y mientras que la memoria de los

un hermoso y ancho río, dos riberas cortadas por rocas escarpadas, sembradas de bosques ó llenas de casas, los dos promontorios de la Punta-Levi y del cabo Diamante, la hermosa isla de Orleans, y la magestuosa cascada del río Montmorency, todo concurre á dar á la capital del Bajo Canadá un aspecto imponente y magnífico.»

Quebec está dividida en dos ciudades distintas: la ciudad alta, construida en la pendiente del cabo Diamante, cuya cumbre se levanta cerca de 120 metros sobre el nivel del río, es seguramente la mas bella. La ciudad baja edificada en un terreno artificial levantado á la altura del río, no ofrece ningun edificio verdaderamente notable. Pero los trabajos de fortificación, para los cuales se han gastado en estos últimos años sumas enormes, deben hacer de Quebec una de las plazas mas fuertes de América. Elogiaré en particular la ciudadela construida sobre el cabo Diamante y que se considera inespugnable.



Niños del Canadá.

del Vildes y los Vodillas irá siempre acompañada de la execración de todos los corazones verdaderamente cristianos, la de los padres Daniel, Brebeuf, Lallemand y otros no perderá nunca la veneración que la historia de los descubrimientos y las misiones les consagra con tan justos títulos.»

Esta parte de América ha sufrido despues de las misiones de que acabamos de hablar una modificación grande. La Francia ha desaparecido del Canadá, igualmente que las tribus indias que dejamos descritas, y solo restan de aquella algunos vestigios.

El Canadá está dividido hoy en dos provincias llamadas Alto y Bajo Canadá. La primera está situada al Norte de los grandes lagos, su capital es York, sobre la costa británica del Niágara. La capital del Bajo Canadá es Quebec, situada sobre las dos márgenes del San Lorenzo, y la ciudad mas importante de todo el país.

Quebec se eleva sobre un promontorio formado por el río San Lorenzo y el San Carlos.

«Una soberbia bahía, dice un geógrafo célebre, donde muchas flotas pudieran anclar con seguridad,

En Quebec reina una extraordinaria actividad comercial, que no tiene rival en la América continental inglesa, sino en Montreal, otra ciudad del Canadá, situada poco distante de una colina que da su nombre á la ciudad, y desde cuya cima se disfruta de una sorprendente y magnífica vista. Montreal fué primitivamente residencia de la famosa compañía de Noroeste, que se reunió hace treinta años á la de la bahía de Hudson para el comercio de pieles. Montreal cuenta ya 50,000 habitantes, mientras que Quebec no tiene aun mas que 35,000.

Las otras ciudades de Nueva Bretaña son poco importantes. En el Alto Canadá es donde el viajero encuentra la famosa catarata del Niágara, cuyo estruendo se estiende á veces hasta 65 kilómetros de distancia. El salto por la parte del Canadá tiene 47 metros, y 33 por la de los Estados Unidos. Véanse los términos en que refiere Chateaubriand su visita á la catarata del Niágara.

«En la catarata del Niágara, dice, encontrándose ya rota la escala india que allí habia, quise, á pesar



de las observaciones de mi guía, trasladarme á lo bajo de la caída por una roca de pico de 66 metros de altura. Aventuréme, pues, al descenso. A pesar de los rugidos de la catarata y del abismo espantoso que se abría á mis pies, yo conservé mi sangre fría y bajé hasta los 14 metros. Pero aquí la roca, lisa y vertical, no ofrecía sitio alguno donde poner el pie. Quedéme, pues, suspendido de la mano en toda su longitud, no pudiendo subir ni bajar, sintiendo que mis dedos se abrían poco á poco de laxitud por el peso de mi cuerpo, y viendo una muerte inevitable. Hay pocos hombres que hayan pasado en su vida dos minutos como los que yo conté entonces, suspendido sobre la sima del Niágara. En fin, mis manos se abrieron y caí. Por la fortuna mas inesperada y rara, yo me encontré sobre la roca vivo, en la cual debería haberme estrellado cien veces, y sin embargo no me sentía muy mal; estaba á cinco centímetros del abismo y no había rodado por él; pero cuando el frío del agua empezó á penetrarme, yo percibí que no había escapado tan bien como primeramente había creído. Sentí un dolor insoportable en el brazo izquierdo. Mi guía, que desde lo alto me contemplaba, y al cual hice yo señas, corrió en busca de algunos salvages, que con mucho trabajo pudieron al fin subirme con cuerdas y conducirme á su cabaña.

«No fué este el único riesgo que yo corrí en el Niágara, pues contemplándolo despues al borde de su abismo, junto á mi caballo y con la brida atada á mi brazo, se agitó en el ramaje próximo una serpiente de campanillas, y el caballo espantado se desbocó, aproximándose á la sima. Yo no pude desembarazar mi brazo de aquella cadena, y el caballo cada vez mas ciego me arrastró consigo. Ya sus piernas delanteras abandonaban la tierra, é inclinado al borde del abismo iba á precipitarse, cuando espantado de nuevo por aquel peligro, hizo un esfuerzo hácia atrás y dió un salto retrospectivo á cuatro metros de distancia del borde.

«Yo no tenía en mi brazo mas que una pequeña fractura, y mi curacion fué rápida y fácil. Mi holandés no quiso ir mas lejos, yo le pagué, y se marchó á su casa.»

Un poco mas adelante, cuando nos ocupemos de los Estados Unidos, daremos á conocer un breve, pero curioso y exacto itinerario al Niágara que hemos adquirido, con el cual puede hacerse el viage perfectamente, conociendo cuántos encantos ofrece esta maravilla; pero no por eso dejaremos de insertar en seguida la magnífica descripcion que hace un periódico americano de esta imponente y célebre catarata. Es como sigue:

«La América del Norte no es muy conocida en la mayor parte de Europa, y no hace muchos años todavía que un escritor estrangero de talento y de reputacion mas que de instruccion podia estampar en el folletín de un gran periódico que Nueva York era la capital de la Luisiana. En materia de Nuevo Mundo, casi se está todavía en Atala y los Natchez, y ha habido quien, al saber que cierto viajero habia subido hasta las fuentes del Meschacébé, le ha pedido noticias de aquellos pueblos, creyendo que la ciudad de este nombre está todavía poblada de indios de fantasía, inventados por Chateaubriand. A estas gentes puede recomendárseles la lectura del *Ultimo de los Mohicanos* y del censo de los estados de la Union publicado el año anterior por aquel congreso. Pero hay

un asunto de interés y de curiosidad perpétua, sobre el cual no puede hacerse igual recomendacion á los consultores de estadísticas. Hablamos de las cataratas del Niágara, cuya fama jamás igualará á sus maravillas.

«No será inútil recordar á los que lo saben y decirselo á aquellos que lo ignoran, que el Norte del continente americano contiene inmensos depósitos de agua dulce, llamados lagos por tradicion, aunque su estension, mas considerable que ciertos mares de Europa, les da en realidad algunos derechos para ser considerados como Océanos (1). Allí hay huracanes espantosos, misteriosas profundidades, olas movidas por los vientos, por la prodigiosa fuerza del vapor; y sobre sus ondas, pueblos enemigos salidos de Europa, se han disputado una supremacia sangrienta, como sobre los otros mares del globo.

«Los principales de estos depósitos gigantescos son los lagos: Superior, Michigan, Huron, San Claro, Eria y Ontario, todos en comunicacion unos con otros por una corriente de agua, la que los geógrafos convienen no ser mas que un solo rio, el San Lorenzo, que saliendo del pie de las montañas Rocosas, lleva su tributo al Océano Atlántico despues de recorrer 800 leguas.

«La porcion del San Lorenzo que sirve de desagüe al lago Eria y conduce la gran masa de sus aguas al lago Ontario, es universalmente designada con el nombre de Niágara, nombre indio, cuya verdadera significacion nadie ha dado todavía. Este rio, precipitado todo entero en una sima de 150 pies de profundidad, es el de las cataratas célebres que no tienen iguales en el mundo.

«El curso del Niágara, desde el lago Eria hasta las Rápidas, es de unas 22 millas, entre las cuales se reparte solamente una inclinacion de 16 pies, produciendo una corriente variable que permite por todas partes la navegacion del rio. Pero una milla antes de las cataratas se observa un desnivel considerable. La masa de agua deprimida obedece en toda su anchura á este desnivel inferior, y corre sin turbar primero su tersa superficie hácia una primera barrera, que de lejos solo se presenta como una línea blanca. Desde este punto el curso magestuoso y tranquilo cambia completamente de naturaleza. Arrebatado sobre un caos de arrecifes, de bancos de arena y de rocas sumergidas, salta, ruge, se precipita en torrentes, se revuelve en remolinos, se convierte en lluvia de espuma, prosiguiendo su carrera furiosa en una lucha sin tregua, hasta los bordes de la sima en donde se lanza y desaparece despues de haber bajado 50 pies en menos de una milla.

«No hay nada mas aturdidor ni mas tumultuoso que aquel infierno de las aguas, que se llama las Rápidas. Las tempestades del Océano, mas grandiosas en su desarrollo, no tienen este carácter de furia desesperada. Los rugidos profundos del mar no resuenan en los aires con aquellas mil voces atronadoras, ni sus olas, libremente desencadenadas en su estension, ofrecen á la vista las convulsiones del rio, luchando entre el espacio intraspasable de sus orillas, donde no hay jamás silencio ni reposo.

«Sin embargo, en medio de esta inmensa confu-

(1) La superficie de los cinco grandes lagos, cuyas aguas van á desembocar en el Niágara, se calcula que asciende á 60,000 leguas cuadradas.



sion, estruendoso campo de batalla de la tierra y de las aguas se adelanta un cabo inmóvil, cual es la punta de la isla del Iris, llamada tambien isla de la Cabra (*Iris-island* ó *Goat-island*). Al pie de este promontorio, continuamente combatido por el esfuerzo de las corrientes que lo socaban y arrastran en pos de sí sus despojos, el rio se divide en dos brazos desiguales. El mas vasto sigue ensanchándose por la curva de la orilla del Canadá, y va á precipitarse en la gran catarata, despues de haber encontrado en su carrera tres islotes avanzados, llamados Tres Hermanas. Estas son las grandes Rápidas.

»Allí no hay esperanza de salvacion ni posibilidad de socorro para el desgraciado buque ó el imprudente pescador arrebatado por aquellos torbellinos desordenados que no sueltan jamás sus presas. La inscripcion fúnebre del Dante no es mas fatalmente verdadera en las puertas de su infierno que en el límite estremo de estos arrecifes: una vez traspasado este límite, todo está concluido; *Lasciate ogni speranza*, no queda mas que morir.

»No enumeraremos la lista fúnebre de las desgracias acaecidas en aquella arena de muerte; pero referiremos la mas antigua de que la tradicion ha conservado la memoria.

»Hace cerca de un siglo que un indio, yendo en su canoa de corteza de árbol con su muger, atravesó el rio á la altura de Chippewa, para ir á comprar en la orilla opuesta una botella de whisky en cambio de algunas pieles. A la vuelta, habiéndose aproximado demasiado á las Rápidas, sintió muy pronto que las corrientes arrastraban su esquife. Primeramente luchó con animosa energia para escapar del peligro; pero reconociendo al poco tiempo la inutilidad de sus esfuerzos y viendo á su débil embarcacion impelida por las aguas, cesó de remar. Colocó friamente su remo á un lado, tomó la botella, se aplicó su contenido á los labios y se abandonó al destino. La pobre muger, menos resignada, habia á su vez tomado el remo y apuraba toda su fuerza y su destreza en una lucha suprema é inútil. Todos sus esfuerzos no consiguieron mas que mantener la canoa en equilibrio y se les vió asi recorrer, saltando con la rapidez de una flecha, el espacio que los separaba de la muerte. En los bordes ya del abismo, la india agitaba todavia el remo con desesperacion. En cuanto al indio, de pie é inmóvil, miró con aire de desafio desdeñoso las profundidades de la sima y los dos desaparecieron.

»Las rápidas pequeñas que separan la isla del Iris de la orilla americana, aunque mas tumultuosas por su cáuce oprimido y lleno de obstáculos, dejan al menos alguna posibilidad de salvacion al náufrago, tanto por las islas que contienen, cuanto por el puente que las atraviesa. Este puente, de madera y de construccion desigual, está sólidamente sentado á pesar de las sacudidas que le imprimen las olas, en montones de roca envueltos en fuertes maderos. Los caballos y carruages pasan por él sin tropiezo, y seguramente no es uno de los espectáculos que llaman menos la atencion en el Niágara.

»Un dia de otoño de 1850 los paseantes reunidos en el parapeto del puente para admirar la turbulencia espantosa de las aguas que se estrellaban contra los pilares, fueron distraidos de su contemplacion por unos gritos lejanos y cierta agitacion que se observaba hacia la orilla, á la entrada de las Rápidas. Al poco tiempo vieron todos una canoa donde iban dos hom-

bres, y que con su vela al viento parecian desafiar á las corrientes. La incertidumbre de las maniobras manifestaba los penosos esfuerzos de los indios; pero los espectadores de esta fatigosa escena podian todavia esperar la salvacion de los pescadores imprudentes, cuando la brisa cayó y los abandonó al único recurso de sus remos.

»El peligro era inminente; no se atrevian á soltar los remos para quitar la vela, que no les servia ya sino de estorbo y redoblaron sus esfuerzos desesperados. Pero de repente á un arranque de vigor sobrehumano uno de los remos se rompe, la canoa gira sobre sí misma; la vela se pliega al mástil, que se inclina, y los dos desgraciados se sienten arrebatados hacia las Rápidas. Un clamor general resonó en las orillas y en el puente. ¡Un barco en las Rápidas! esclaman por todas partes. En un abrir y cerrar de ojos las calles de la aldea se llenaron de gente que corria hacia el rio, y el puente apareció cubierto de una multitud compacta. La barquilla habia atravesado ya como una caña la linea de las primeras rápidas; fué á dar contra una roca medio cubierta por las olas, y del choque se rompió su mástil, llevándose por la corriente la vela, que el estupor de los náufragos les habia impedido quitar. Todos miraban á aquellos desgraciados agitarse con desesperacion, tender los brazos hacia la orilla y por sus gestos insensatos, por sus movimientos desordenados, se adivinaba la locura del miedo y la pérdida de toda presencia de espíritu. Diez veces pareció que la barquilla se estrellaba contra los arrecifes ó que se abismaba en los remolinos y diez veces volvió á aparecer y saltar sobre las olas, arrastrada por una fuerza irresistible.

»Entretanto se aproximaba rápidamente al puente, y mil gritos, mil avisos contradictorios que se daban á la vez impedian á los náufragos comprender nada, fuera del horror de su situacion. Tuvieron, sin embargo, el tiempo de observar la multitud que coronaba los parapetos, y pareció que al fin recordaban que estaba allí el último trance de salvacion. Los dos se esforzaron en mantenerse de pie en tanto que lo permitian las sacudidas violentas impresas al esquife, y se prepararon para la última tentativa. En este momento hubo un silencio mas solemne que mil clamores; las respiraciones quedaron suspendidas, todos los brazos estendidos hacia aquellos para quienes aquel minuto era una sentencia de vida ó muerte. Levantada por una ola salta la barquilla por encima de un banco de rocas, gira sobre sí misma muchas veces en el fondo de un remolino que la vuelve á sacar al fin y la lanza contra los pilares del puente, bajo el cual desaparece. Con un mismo movimiento los espectadores se arrojan al parapeto opuesto. La canoa, vacía y vuelta, entraba en la catarata; pero cerca de ella se esforzaba en vano en medio de las olas un hombre perdido sin remedio. Se pudo al fin salvar al otro, que se habia agarrado con la fuerza de la desesperacion á una piedra saliente de uno de los pilares.

»El primer puente que se construyó sobre las Rápidas estaba situado un poco mas arriba. Concluido en 1817 fué arrebatado por las olas al año siguiente. El que hay hoy; edificado inmediatamente despues, parece que debe resistir por largo tiempo las fuerzas de las aguas. Conduce á la isla de los Baños, cuyo nombre (*Bath-island*) indica su destino. Allí, un segundo puente que atraviesa un brazo mas recogido de las Rápidas, forma como la continuacion del primero